

RESEÑA DE LIBROS

EDUARDO IBARRA Y RODRÍGUEZ: *El problema cerealista en España durante el reinado de los Reyes Católicos.* Instituto Sancho de Moncada de Economía. Madrid, F. Matéu, 1944. Págs. XXI + 190.

El Instituto Sancho de Moncada reúne en este volumen una serie de trabajos, que habían visto la luz en las páginas de su Revista, producto de la labor investigadora del ilustre maestro don Eduardo Ibarra, quien, como dice don José María Zumalacárregui en la cariñosa Introducción que acompaña a la obra reseñada, se consagró al estudio de épocas e instituciones necesitadas de alguien que perfilara sus rasgos esenciales por vez primera. Su trabajo abarca un período de transición, de génesis de una revolución en el estilo económico, que nadie había tratado hasta ahora por lo que a España hace. La primera labor a realizar era la recopilación de los materiales necesarios y quizá lo que nos deja el profesor Ibarra no pasa de ser la selección y clasificación de estos materiales, junto con algunas ideas acerca de su interpretación.

El período estudiado queda claramente limitado dentro del esquema general histórico-económico. Si aceptamos el enfoque de Heckscher y consideramos el mercantilismo más como un sistema coherente que como un período cronológico determinado, la política económica estudiada en esta obra se encuadra plenamente dentro del mercantilismo. Comprende un conjunto de medidas, circunscrito el estudio al problema cerealista, reflejo de la lucha del recién nacido Estado contra los particularismos municipales y feudales legados por la Edad Media, que muestra la actuación unificadora del mercantilismo. Y, junto a ello, la supervivencia de una política comercial cerealista propia de las ciudades, resultado de la gran importancia que tuvieron en la Edad Media, y que subsistió más o menos acentuadamente hasta entrado el siglo XIX en algunos países.

Concebidas las ciudades ante todo como un centro consumidor, los fines perseguidos por las autoridades eran, como hace notar el autor, tener a las ciudades bien aprovisionadas y a precios baratos; era el sentimiento de «hambre de mercancías» y el «evangelio de la baratura», de donde resultó la que ha dado en llamarse política

de abastos, una de las formas de la política comercial mercantilista. A la primera finalidad responden las disposiciones generales prohibiendo la exportación de cereales y dando facilidades a la importación, recogidas en el capítulo VI. Junto a ellas se dictan preceptos particulares autorizando las exportaciones a Portugal, con fines políticos, así como, por su carácter de no productores de cereales, a los llamados países de acarreo (Vasconia principalmente).

A conseguir el fin de precios bajos tiende toda la minuciosa ordenación de los mercados cerealistas y el establecimiento de la tasa del trigo. El autor estudia, entre el primer grupo de medidas, las instituciones reguladoras del comercio cerealista, recogiendo los preceptos más interesantes de las Ordenanzas de las Alhóndigas de Sevilla y Burgos, y las del Pósito de Alcalá, que pretendían asegurar en todo momento a la población su abastecimiento de cereales a precios bajos mediante un sistema de ventas obligatorias y medidas tan curiosas como la discriminación de demandas, realizada en las Ordenanzas de Sevilla, al establecer que antes de tercia sólo podían adquirir trigo los «atahoneros» a fin de que lo compraran más barato y pudieran dar el pan a precio adecuado, siendo sólo después de tercia cuando podían acudir a la Alhóndiga el Concejo y los particulares. La prohibición de la regatería o reventa y del acaparamiento, así como la tasa del trigo establecida en 1502 forman parte de la misma política. La tasa, justificada en la carestía que se atribuía a estar el trigo en manos de los regatones, fué repetidamente burlada como lo prueban la reiteración de disposiciones ordenando su cumplimiento y los procesos que cita el autor por infracción de la misma, provocando efectos altamente perjudiciales: ocultación del trigo, elevación de su precio y contracción de la producción por lo baja que se estableció la tasa. En 1506 las Cortes consiguen su supresión y de resultas se abarrotan los mercados, descienden los precios, y, por concurrencia de otras causas, como la despoblación ocasionada por una epidemia y la buena cosecha recogida, se arruina el comercio cerealista.

No cabe duda de que la supervivencia de esta política económica de precios bajos tenía que entorpecer el desarrollo de la agricultura española y es quizá una de las causas que más contribuyeron a su estancamiento. El error estribaba, y es común a toda la Europa continental, en aplicar una política originada por las condiciones de la Edad Media en una época de circunstancias enteramente distintas.

Dijimos que el autor estudia también un conjunto de medidas que responden al sentido unificador del mercantilismo: los intentos, que en intentos quedaron al igual que en otros países, de unificar los pesos y medidas, la transición del sistema de molinos y hornos municipales y señoriales a un régimen de libertad. el es-

tablecimiento de pesos públicos y de inspectores de molinos y pesos. Acerca de otros muchos puntos aporta datos el profesor Ibarra: técnica cerealista de la época, molinería, fabricación y venta del pan, datos sobre cosechas y precios, relación entre jornales y precios del pan, analogías entre el problema cerealista español y el de Portugal, etc. Todo ello hace de su obra un libro de extraordinario interés para el estudio de nuestra historia económica, cuyo conocimiento tanto ha progresado en estos últimos años por la labor de más jóvenes historiadores, que en la tenacidad del desaparecido maestro tienen un ejemplo a seguir.

JOSÉ L. SUREDA CARRIÓN

FREDERICK CECIL MILLS: *Métodos estadísticos aplicados a la economía y a los negocios.* Traducción por Juan Ruiz Magán y Enrique Gastardi. Con un suplemento sobre estadística de atributos, por José Juan Forn y Emilio Gimeno Rascón. Madrid. M. Aguilar, s. f., Págs. 576.

Se trata de la segunda edición española de la conocida obra de Mills que, publicada en 1924 en América, apareció por primera vez en castellano en 1935.

Si veinte son muchos años para la mayoría de las ciencias, en el caso de la Estadística, ciencia en formación, representan un lapso suficiente para pasar de una Era a otra. Por ello Mills no vaciló en reformar totalmente su obra en 1938, ya que «durante los catorce años transcurridos desde la primera edición de este libro.. se han superado las antiguas discusiones respecto a los métodos cualitativos frente a los cuantitativos, se han mejorado los métodos de plantear las experiencias y formular y comprobar hipótesis y se ha establecido sobre base firme la inducción estadística... Los nuevos métodos ofrecen grandes y hasta ahora inexploradas posibilidades a los investigadores en ciencias sociales».

Sin embargo, el editor español no ha debido de creer que estos avances son tan importantes como supone Mills, pues se ha decidido a reimprimir la edición de 1924, en lugar de revisarla con arreglo a la de 1938, labor que no hubiera supuesto un esfuerzo adicional demasiado considerable. Ello es de lamentar, ya que dada la gran difusión alcanzada por la primera edición de esta obra entre nuestro público, gracias a sus magníficas cualidades de clari-

¹ Edición revisada. Prefacio (páginas VII y VIII). Esta edición cita en su bibliografía más de 90 títulos posteriores a la fecha de aparición de la anterior.

dad y sencillez, se hubiera conseguido, al disponer de la nueva edición, popularizar los métodos modernos de la estadística en lugar de exponer a los que ahora utilicen la antigua a adquirir una idea trasnochada de la misma.

Los señores Forns y Gimeno han complementado la obra con unos capítulos sobre estadística cualitativa. La exposición, si bien se desvía algo de la línea de Mills, es correcta y sigue de manera fiel la ya clásica de Yule en su *Introduction to the Theory of Statistics*.

Hubiese sido también muy de desear que la traducción española contuviese algunas de las diez tablas que posee la nueva edición americana.

A. A.

ERNEST MINOR PATTERSON: *An Introduction to World Economics*. Macmillan, Nueva York, 1947. Págs. XV-704.

La obra del profesor Patterson que comentamos es, sin duda alguna, importante, dentro de los límites que el propio autor se señala.

Se ha dicho que la estructura económica es una ciencia actual, en cuanto que su objeto está constituido por la descripción de la realidad económica. Pero no es menos cierto que la estructura económica, sin dejar de ser actual, es también valorativa, es decir, debe comentar y discutir los fenómenos que describe, obteniendo las consecuencias oportunas.

El libro del profesor Patterson cumple plenamente la primera condición, en cuanto que contiene una muy aceptable descripción de la realidad económica mundial en el año en que fué escrito (1947). Una serie de hechos desfilan ante el lector, proporcionando una buena base para el estudio posterior y más a fondo de los problemas de la economía mundial. El autor reconoce en el prólogo, que el propósito fundamental del libro no es otro que el de proporcionar dicha base. Así, pues, no puede extrañar a nadie que el lenguaje utilizado sea sencillo, con objeto de que la obra resulte verdaderamente útil para todos aquellos lectores que acudan a ella sin el conocimiento teórico previo que en tantos otros casos resulta indispensable.

Pero una vez leída la obra, se llega fácilmente a la conclusión de que no cumple con la condición de valorar los hechos descritos, al no encontrarse en ella casi nunca explicaciones ni comentarios de los mismos. En efecto, incluso los capítulos comprendidos en la Parte VIII, y que están dedicados al estudio de las condiciones actuales de la economía mundial, se limitan a describir

las instituciones actuales como jalones de la tendencia hacia una economía mundial.

Tendencia ésta cuya existencia afirma el autor, sin señalar desde luego un plazo para el logro de tal aspiración, y sin desconocer, por supuesto, las numerosas fuerzas que a ella se oponen. Esta idea predomina a lo largo de todo el libro, en el cual se procura estudiar el mundo como una enorme área económica, cosa que, en las condiciones actuales, apenas puede pretenderse desde un punto de vista teórico.

El libro del profesor Patterson está dividido en ocho partes: la primera se ocupa de la población, la segunda de los recursos naturales y la tercera estudia la relación entre éstos y aquélla; la cuarta está dedicada al estudio de las balanzas de pagos; la quinta, al comercio mundial; la sexta, a los movimientos de capital; la séptima, a los sistemas monetarios, y la octava presenta, con la cantidad mínima posible de explicaciones y comentarios, las características de la situación actual y las perspectivas de la misma. Completa el libro un apéndice que contiene la «Declaración de Potsdam sobre las reparaciones alemanas» de 3 de agosto de 1945, catorce gráficos aclaratorios de diversos puntos tratados en el texto y once cuadros complementarios.

Las tres primeras partes son, en realidad, un estudio de Geografía económica mundial. Las I y II tratan, como hemos señalado, de dos factores de producción —trabajo (hombre) y recursos naturales— y la III, de la relación entre uno y otro. Probablemente, lo más interesante de la obra está comprendido en estas tres partes, desarrolladas en doce capítulos.

A partir de este punto, una serie de razonamientos que el autor recoge en el prólogo implican el orden seguido en el tratamiento de los capítulos posteriores: estudiada en la Parte IV la interdependencia entre las distintas regiones a través de las balanzas de pagos, la conclusión es que únicamente a través de un comercio mundial más libre (Parte V) y de unos movimientos de capital menos difíciles (Parte VI), sería posible la obtención de un nivel de vida más alto. El estudio de los sistemas monetarios y mecanismos financieros (Parte VII) y la descripción de las condiciones del mundo actual (Parte VIII) completan el cuadro.

Confiesa Patterson su temor de que numerosas críticas se dirijan a atacar el orden por él seguido para el tratamiento de los problemas. Creemos, sin embargo —y de acuerdo con lo señalado por el autor al comienzo del capítulo primero—, que no existe dentro de la estructura económica un orden que pueda calificarse de estrictamente lógico para el tratamiento de tales problemas. Y el que se sigue en el libro nos parece lo suficientemente fundamentado como para no insistir en la conveniencia de cualquier

otro que, de haberse utilizado, estaría igualmente sujeto a posibles críticas.

Parece, por el contrario, más útil reconocer que la importancia cada vez mayor del comercio internacional al aumentar el campo que debe abarcar un libro como el de Patterson, lleva consigo el grave problema de seleccionar las materias que deben tratarse. Y en este aspecto la obra que comentamos, dentro de su categoría de Manual de iniciación, es plenamente aceptable.

El estudio en capítulos independientes de materias que, como la teoría del comercio internacional y la del tipo de cambio, constituyen partes de la teoría económica general con sustantividad propia, tampoco puede ser objeto de censura, sobre todo a la vista del breve estudio que de ellas se hace.

Quizá pudiera señalarse como defecto de la obra el no haber dado suficiente relieve a las diferencias entre los sistemas aplicados por los distintos países a su comercio exterior, así como a las consecuencias que este hecho produce sobre el comercio mundial. Nos referimos al estudio concreto y detenido de la forma que en cada país ha revestido lo que se ha llamado la «política de arruinar al vecino», y que antes de 1936 había dado lugar a la aparición de la intervención de los cambios, de los contingentes y del monopolio del comercio exterior, aparte del sistema de preferencias imperiales aplicado por Gran Bretaña. El estudio del grado en que cada país económicamente importante se decidió por alguno de estos sistemas, y los efectos de tales actitudes, serían ingredientes interesantes en una descripción de la economía mundial.

Lo que se refiere al Fondo Monetario Internacional está tratado en forma que no resulta útil para un estudio actual, ya que fué redactado sin conocer el desarrollo de tal institución, hasta el punto de considerar a Rusia como miembro del Fondo, cuando en realidad nunca llegó a firmar los correspondientes acuerdos.

Todo ello, sin embargo, no es suficiente para desaconsejar la lectura del libro, cuya utilidad como introducción al estudio de la economía mundial está fuera de toda duda.

MANUEL VARELA PARACHE

MICHAEL POLANYI: *Plena ocupación y libertad de comercio*. Traducción por J. Falces Elorza. Madrid, Editorial Revista de Derecho Privado. Págs. XV + 247.

Este ensayo es producto de una plausible inquietud por llevar a un extenso sector, no docto en razón a su extensión, pero no completamente profano, las más destacadas ideas de la explicación keynesiana de los fenómenos económicos. Sin embargo, la principal

preocupación de Polanyi es la explicación del circuito monetario y de la necesidad de la estabilidad monetaria, pero lograda neutralmente, «de forma que no exija en realidad una repercusión social o económica». Se recoge así el llamado principio de neutralidad como postulado del proceso de creación de la circulación monetaria requerida, en términos bien concretos, puesto que se significa que ningún gasto público debe producir otras consecuencias, en el aspecto monetario, que las que como tal gasto le corresponden.

Coloca el autor en primer plano el problema monetario, en el capítulo I dedicado a «los elementos de la plena ocupación». Inmediatamente, por lo tanto, hace aparecer en escena la realidad monetaria. Y es un acierto de verismo tratándose del análisis económico, siquiera sea considerado el dinero como «un velo». Precisamente en este sentido recuerda que «el dinero no es necesario por sí mismo, sino en función de las cosas que podemos adquirir con él».

Más adelante afirma fundadamente, «negamos la posibilidad de dirigir centralmente la economía, ya que la vida económica moderna implica intercambios circulares tan complejos que no pueden solucionarse sin la intervención del dinero».

Explica las corrientes de circulación monetaria y el proceso de expansión y contracción, consecuencia del aumento o disminución de los gastos de la colectividad: «Cuando el círculo monetario es estrecho (depresión), sólo una parte de los hogares y los negocios están cubiertos por dicho círculo. Si el círculo monetario desborda, no aumentará el número de gentes ocupadas y, por tanto, no sufre expansión alguna el nivel de la producción. En tal caso, la renta nacional crece en términos monetarios, pero no en bienes, por lo que se llega a un alza general inflacionista de los precios». Por lo tanto, el nivel de ocupación crece y se contrae automáticamente a medida que aumenta el círculo monetario.

La consecuencia más importante que se desprende es que el círculo monetario variable determina los distintos niveles de ocupación; en efecto, el nivel de producción crece o se contrae al aumentar o disminuir la renta nacional expresada en dinero. Conviene aclarar que si bien nivel de producción no es exactamente lo mismo que nivel de ocupación, se comportan ambos de idéntica manera.

Siguiendo su razonamiento, el ensayo indica que el circuito monetario es estrechado por el ahorro, el cual se manifiesta en sumas de dinero retiradas de la circulación, pero este efecto de absorción puede ser compensado por la «alimentación» que suponen las sumas que fluyen para las nuevas inversiones. De esta manera la amplitud del circuito monetario queda inalterada, originándo-

se con ello la autorregulación de la diferencia entre ahorro e inversión, sin que el proceso de expansión ni el de contracción progrese indefinidamente.

Al tratar del ciclo económico expresa que «los fondos incrementados para cubrir las depreciaciones que corresponden al aumento del equipo creado a lo largo de la ola ascendente, junto a una relativa reducción de las renovaciones (que es de suponer se dé al surgir una ola de nuevas creaciones) harán que cambie la marcha del ciclo».

Interpretamos esta exposición aclarando que a lo largo de la *ola* ascendente se tiende a aumentar, y de hecho se aumenta, el equipo de producción. Surge así en seguida la idea de su amortización y la necesidad de llevarla a efecto, tanto más sentida cuanto que dicho equipo ha sido adquirido a los altos precios propios del período de expansión. Con tal objeto se crean fondos especiales de amortización, los cuales sustraen de la circulación cantidades no pequeñas, y esta contracción será quizá el primer factor que actúe para cambiar la marcha del ciclo. El segundo, o por lo menos otro no despreciable, será una relativa reducción de las renovaciones, motivada en parte por su elevado coste durante la expansión y principalmente porque las nuevas creaciones, producidas con los mayores medios disponibles en este período, atraerán toda la atención que en otra coyuntura estaría normalmente dedicada a renovaciones de equipo.

De lo anterior puede concluirse que la formulación de Polanyi no es falsa, pero se presenta en términos poco precisos, exigiendo del lector un conocimiento previo al que continuamente ha de referirse. En no pocas ocasiones el libro resulta, por su forma, oscuro para el no iniciado, y por su intención, superfluo para el profesional.

El sistema, en el intento de Polanyi, pudiera quedar expresado como sigue :

El aumento de la inversión origina aumento de ahorro. La contracción de la inversión disminuye el ahorro. Consecuentemente, estas variaciones de la inversión y del ahorro determinan alteraciones de la renta nacional en análogo sentido.

Son dos procesos frente a frente: de absorción uno y de alimentación otro. Se manifiestan en expansiones y contracciones de la circulación monetaria y nacen de dos decisiones independientes entre sí y de distinto signo. Como es lógico, el paso de uno a otro origina alteraciones y desajuste del sistema, a las que el autor llama «diferencias», las cuales se saldan por autorregulación. Al llegar aquí debemos anotar que el autor dice: «Este proceso de autorregulación se cumple a costa de que la ocupación y la renta nacional se ajusten a un nivel que probablemente no será el de-

seado. De hecho los países industriales progresivos tienden a que el nivel de ocupación se sitúe por bajo de la plena utilización».

Ya hemos visto que la renta nacional varía según el movimiento del ahorro, que se debe al aumento o disminución de las inversiones y que, por lo tanto, varía según la disposición del momento económico.

Ni que decir tiene que la ocupación varía de conformidad con análogas circunstancias.

Cuando la ocupación alcance un determinado nivel o grado y la renta nacional se sitúe en el nivel que corresponda al alcanzado por la ocupación, quedará establecida la base necesaria para el mecanismo de la autorregulación. A esto se añaden las dos siguientes afirmaciones :

1.ª Los países industriales progresivos tienden a que el nivel de ocupación se sitúe por bajo de la plena utilización.

2.ª Si bien las diferencias se deben saldar de un modo automático, pueden saldarse artificialmente haciendo que la renta nacional se mantenga al nivel que corresponde a la plena ocupación. Es decir, esta segunda afirmación es una cuestión de política económica.

En el curso de la exposición ha aparecido la ocupación en lógica relación activa con la renta nacional.

Por lo tanto, dado el propósito y la contextura del trabajo de Polanyi, si se quiere llegar a la completa inteligencia de las cuestiones aquí apuntadas, debe explicarse observando un mínimo rigor científico :

a) La presencia de la ocupación al tratar de la descripción del ciclo económico.

b) La relación sustancial existente entre la ocupación y la renta nacional.

c) Cómo debe entenderse el ajuste de la renta nacional a un nivel determinado.

d) El fundamento, bien empírico, bien propiamente científico, de la tendencia de los países adelantados industrialmente a no alcanzar la plena utilización de los recursos.

e) Supuesta la propiedad de la expresión «nivel de renta nacional», debe demostrarse que una vez situada ésta al de la plena ocupación, las llamadas «diferencias» (realmente alteraciones de reajuste del sistema, motivadas por la sucesión de las fases del ciclo) quedan por completo eliminadas.

Volviendo a lo que Polanyi hace el centro de su exposición puede decirse que la política por la que aboga brota de su análisis monetario, pero también de un concepto independiente. Un déficit presupuestario se aconseja sobre todas las medidas dirigidas a reducir el ahorro o estimular la inversión, porque no va con-

tra el principio de neutralidad, el cual exige, como más arriba hemos consignado, que la medida adoptada no repercuta en acción económica o social.

Hasta aquí han quedado comentados dos de los tres puntos fundamentales sobre cuya base Polanyi ha montado su argumentación. Dichos dos puntos son: que la teoría de Keynes es realmente sencilla y comprensible y que el déficit en el presupuesto es el mejor medio de llegar a la meta del pleno empleo. El tercer punto, que puede servir de conclusión, es que una correcta aplicación de la teoría keynesiana regeneraría la libre competencia y restablecería el capitalismo sobre nuevas bases. Muy significativamente en el capítulo V titulado «La plena ocupación y el comercio internacional», donde la exposición discurre con mayor soltura, afirma que una vez que los Gobiernos han facilitado el dinero suficiente para mantener la plena ocupación, no hay razón alguna para privar a sus vecinos de la parte que les corresponde. En otras palabras: resulta improcedente poner trabas a las importaciones, y la libertad de comercio se convierte de nuevo en una posibilidad.

Y esto es así porque desde el momento en que se adopta un control racional de la circulación y se reemplazan los tipos de cambios fijos por reajustes correspondientes con el poder adquisitivo internacional, la situación varía radicalmente.

En dos capítulos ágiles y bien trazados (II y III) se hace un extracto de las políticas económicas nazi y rusa, así como de la expansión económica registrada en la última guerra mundial; confirmando la idea de que en todos los casos de expansión monetaria, se ha visto antes que una directa planificación, el móvil del pleno empleo.

Polanyi acusa la falacia de un socialismo que promete solucionar todos los males económicos mediante la nacionalización del capital y contrariamente afirma que los fundamentos de nuestros sistemas están en el capitalismo, por imperfecto que sea y por urgentes que sean las reformas imprescindibles, sin que sea posible reemplazarlas por otro sistema completamente distinto.

En la controversia entre el «laissez faire» y la planificación se manifiesta a favor del primero, aceptando que para reajustar mutuamente las unidades productivas, nos guía «la mano invisible» del mercado.

El propósito del ensayo es fructífero indudablemente; en él ha puesto el autor empeño, fe y entusiasmo, pero no se mantiene a lo largo de la exposición en una misma línea de realización. En parte pretende introducir e ilustrar y en parte convence con dialécticas quizá de excesivo tono de polémica. Al menos en la traducción española, que es la que manejamos, el intento de facilitar la comprensión de los problemas económicos desde una visión key-

nesiana, no resulta muy logrado. Más nos gusta lo que es planteamiento de su tesis, formulado con decisión, pero sin que en determinados puntos consiga convencer plenamente. En resumen, es un intento aprovechable que adolece de oscuridad y falta de rigurosa sistemática en algunos puntos (principalmente de la primera parte) y de ligereza en otros. No obstante, su lectura nos deja un deseo de superación de antítesis que aconseja la realidad, y la esperanza de un porvenir más despejado que debe ser en buena parte fruto de la labor de los economistas.

FERNANDO GARCÍA MARTÍN

CUATRO MANUALES DE HISTORIA ECONÓMICA NORTEAMERICANA

- F. A. SHANNON: *America's Economic Growth*. New York. Macmillan, 2.^a ed., 1940. Págs. VIII y 867.
- E. C. KIRKLAND: *Historia Económica de Estados Unidos*. Versión de Eugenio Imaz. México, Fondo de Cultura Económica, 2.^a edición española, 1947. Págs. 840.
- R. C. McGRANE: *The Economic Development of the American Nation*. Boston, Ginn and C.^o, 1942. Pág. XII y 691.
- L. M. HACKER: *Proceso y triunfo del capitalismo norteamericano*. Versión de J. Prados Arrarte. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1942. Págs. 410.

Los cuatro autores toman como punto de partida a Europa y a la política colonial del mercantilismo. En la época colonial una feliz coincidencia de la política mercantilista y las posibilidades naturales del país conforman la estructura agrícola de la economía norteamericana. La gran riqueza natural inexplorada estimula el crecimiento de las primeras zonas colonizadas y constituye un clima propicio para el desarrollo del capitalismo. En esta época temprana se produce ya la victoria del capitalismo mercantil (Hacker) con un comercio creciente, principalmente marítimo, en la región atlántica. Pero el carácter fundamentalmente agrícola persiste aun en la época que sigue a la independencia, caracterizada por el seccionalismo económico (Shannon) debido a particularismos políticos y a la falta de adecuadas comunicaciones. Esto hace que las principales áreas económicas, el N. E. comercial y con industria incipiente, el valle del Mississippi, algodónero, y el valle del Ohio, cerealista, carezcan de la necesaria conexión para integrarse en un amplio mercado nacional. A partir de mediados del siglo XIX se logra esta integración por la mejora de los medios de transporte

que crea un gran mercado nacional. Así esta «era de los ferrocarriles» lleva tras de sí la «era industrial» (Kirkland) y se produce una expansión general de la economía norteamericana (época de expansión comercial —1840-1860—, según McGrane). La guerra de Secesión, con la victoria de los intereses industriales sobre los agrarios (factor destacado por Shannon) acelera el desplazamiento del centro de gravedad económico de la agricultura a la industria. De este modo la segunda mitad del siglo XIX es caracterizada por el florecimiento del capitalismo (Shannon) o por el triunfo del capitalismo industrial (Hacker). Estos cambios estructurales entrañan repercusiones en el campo social, principalmente en la posición del asalariado industrial, bajo la competencia y el monopolio, lo que obliga al Estado a fijar su posición ante estos problemas. El crecimiento de los grandes monopolios y coaliciones de empresas motiva asimismo una ingerencia estatal a fin de frenar este proceso. A partir de principios del siglo XX la expansión económica se acentúa entrando en la fase cenital del capitalismo (Shannon) en la que lucha ventajosamente por el dominio de los principales mercados mundiales y afianza su poderío político en el Pacífico. La «diplomacia del dólar» triunfa asimismo en los ámbitos monetarios. En el interior una expansión excesiva de los negocios fué truncada por la crisis del año 1929 que inicia una nueva fase, la del capitalismo de Estado (Kirkland) o crisis del capitalismo (Shannon). Para contrarrestar los efectos generales de la gran depresión que siguió a la citada crisis, el Estado inicia una nueva política económica, el «New Deal», adoptando una posición central en el desarrollo económico, de la que usa en regulaciones bancarias, moneda dirigida, planificación agrícola, planes de obras públicas, etc., y de este modo logra recuperar el equilibrio del sistema económico.

En las cuatro obras se observa un paralelismo general en el tratamiento de los fenómenos, si bien cada obra tiene sus características de exposición propias. La obra de Shannon constituye una edición revisada de un manual anterior del mismo autor (*Economic History of the People of the United States*) y en ella reduce la extensión por motivos didácticos. Kirkland presenta un manual de amplia extensión (840 páginas) y en su examen histórico desciende hasta detalles particulares, sin que por ello desmerezca la visión de conjunto, plenamente lograda. En el manual de McGrane se intenta encajar el desarrollo económico norteamericano dentro del marco cíclico y por ello se detiene especialmente en la consideración de las distintas crisis (pánicos) económicas. La obra de Hacker hace especial hincapié en el fenómeno capitalista, y así, hace frecuentes y extensas consideraciones acerca de los pre-

cedentes europeos. Las tres primeras obras contienen una copiosa bibliografía comentada y cuidadosos índices que constituyen una gran ayuda en el manejo de estos manuales. Las traducciones de las obras de Kirkland y de Hacker aparecen correctas; algunas pequeñas fallas tipográficas (en la obra de Kirkland) apenas merecen tenerse en cuenta.

SALVADOR BOFARULL